

## PRESENTACIÓN

Estos *Veinte años de Filología Griega (1984-2004)* recogen las ponencias presentadas en un ciclo organizado por la *Fundación Lexis pro Diccionario Griego-Español*, en octubre de 2004, en los locales del Centro de Humanidades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en la calle Duque de Medinaceli de Madrid. Sus treinta ponencias fueron seguidas con atención por un público de helenistas y personas interesadas por el Mundo Clásico, en general.

Para la realización de esta actividad la Fundación Lexis contó con la ayuda de varios organismos, a los que queremos expresar nuestro agradecimiento. En primer lugar, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que acogió el ciclo de conferencias y publica ahora este volumen. Además, se nos concedieron sendas ayudas por parte del Ministerio de Cultura y del Ministerio de Educación y Ciencia, que reconoció el ciclo como actividad de formación permanente del profesorado. El entonces Director General de Educación, Formación Profesional e Innovación Educativa, D. José Luis Pérez Iriarte, nos hizo el honor de acompañarnos en la clausura del curso.

En realidad, este ciclo forma una lógica secuencia de uno dedicado a los veinte años anteriores, cuyas *Actas*, editadas por D. Alfonso Martínez Díez, autor de aquella iniciativa, se publicaron en Madrid en 1984 con el título *Actualización Científica en Filología Griega*. Por supuesto, el esquema de este libro no repite exactamente el del anterior. Se ha procurado hacer más completa la visión general y la especializada del campo de estudio que definimos como «Técnicas de la Filología».

En todo caso, creo que todos debemos congratularnos de esta demostración de que los helenistas españoles dominan el conjunto de nuestros estudios a nivel internacional y también, por supuesto, a nivel español. Las desgracias que en el campo de la enseñanza nos han afligido, y de las que no somos en absoluto responsables, no han impedido el crecimiento de toda clase de ciencias en torno a la Antigüedad griega y del número y la calidad de los estudiosos de la misma.

«Filología griega» y «helenistas» son palabras usadas aquí en un sentido muy amplio. Y, a la vez, reducido. El libro se ocupa de Lingüística y Literatura, pero también de Historia, Mitología, Religión, Filosofía, Arqueología, Numismática, Crítica textual, Codicología, Papirología, Epigrafía y hasta Didáctica del griego. Es decir, sumando los diversos capítulos del mismo se obtiene una visión al tiempo general y particularizada de toda la Antigüedad griega.

Pero esta visión se detiene al llegarse a la época bizantina, que queda fuera de nuestro empeño. En parte por paralelismo con el libro anterior, en parte porque la inmensidad del campo nos forzaba a trazarnos ciertos límites. Y capítulos como los de Arqueología y Lingüística se detienen en lo propiamente clásico. Eso sí, se añade un antecedente a lo griego como es la Lingüística Indoeuropea.

Los treinta autores, que están entre los más distinguidos de la pléyade de helenistas españoles, han sido seleccionados con amplitud de criterio. Proceden de las tres Universidades de Madrid y de algunas otras de fuera, también del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Por supuesto, hay una variedad de puntos de

vista y no se excluyen algunas repeticiones y diversidad de enfoques. Pero, en general, el libro es un todo homogéneo. Llamo la atención sobre la parte bibliográfica de cada capítulo, que aporta mucho al conocimiento de los temas.

En fin, pienso que con ayuda de todos hemos logrado una visión general sobre el desarrollo de los estudios de Antigüedad griega en los últimos veinte años, que puede añadirse sin desdoro a la bibliografía internacional sobre el tema.

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

Presidente del Patronato de la *Fundación Lexis*

*pro Diccionario Griego-Español*

## TÉCNICAS DE LA FILOLOGÍA



1  
PALEOGRAFÍA Y CODICOLOGÍA

ÁNGEL ESCOBAR  
Universidad de Zaragoza

La paleografía y la codicología griegas —pilares de la filología, como bases para una correcta fijación del texto por parte del editor— han experimentado durante los últimos veinte años un enorme avance, tanto teórico como práctico. Dada la brevedad necesaria, abordaremos las dos disciplinas sólo en sus grandes líneas, por el orden recogido en el título, para luego referirnos a algunos campos en los que ambas materias deben combinarse necesariamente, como el de la catalogación de fondos manuscritos o, entre las nuevas tendencias de la investigación, el del estudio de materiales codicológico-paleográficos de especial complejidad. En la *Actualización científica en filología griega* publicada en 1984, fue Bravo García quien se encargó de ofrecer una síntesis sobre paleografía y codicología griegas, mostrando con rigor y detalle cuál era el estado de la cuestión sobre ambas ciencias en aquel momento. Fueron dos contribuciones de extraordinario interés, ya que describían, de manera pionera, un campo de investigación bastante desconocido hasta entonces en España, donde la atención hacia estas disciplinas había sido hasta esa década de los ochenta esencialmente práctica e instrumental —es decir, la más propia de catalogadores y filólogos— y no tanto de carácter teórico. Las dos aportaciones de Bravo constituyeron un hito y supusieron una magnífica puesta al día en las dos materias —«escritura» y «libro», en suma— que, junto con la crítica textual, abarcan el amplio campo de la transmisión textual o historia de los textos.

I. PALEOGRAFÍA

1.1. *Referencias generales*

El mejor instrumento para seguir la evolución de los estudios de paleografía griega durante los últimos veinte años sería sin duda un manual reciente, que renovase desde el punto de vista científico el contenido de obras clásicas —y, a veces, todavía hoy muy útiles— como p. ej. la fundamental *Griechische Paläographie* de Viktor Gardthausen (2ª ed., 1911-1913). Desgraciadamente, ese manual sigue siendo un gran *desideratum* de la paleografía griega —a diferencia de lo que ocurre en el caso de la latina, más afortunada en este sentido por varias razones (cf. Petrucci 1991)—

y su ausencia no puede verse paliada por la publicación de algunas aportaciones muy valiosas, pero siempre de carácter sumario, como las de Hunger 1989, esp. pp. 76-124, y 1997, o la muy reciente de Irigoín 2001a; también se prestaba cierta atención a la evolución general de la escritura griega —entre la bibliografía en español— en la clásica monografía de Reynolds y Wilson (traducida en 1986) o en el manual de Bernabé Pajares 1992. Ofrece breve información respecto a esta materia la tercera edición de *The Oxford Classical Dictionary* (bajo el lema «Palaeography, Greek», a cargo de Wilson 1996), al igual que *Der neue Pauly* (bajo el lema «Paläographie, griechische», redactado por Molin Pradel y Eleuteri 2002, así como en el escaso número de voces sobre el tema —y sobre codicología, en general— que, con gran calidad pero de manera muy dispersa, se hallan incluidas en esta enciclopedia). Algunos informes bibliográficos de cierta extensión, como el de Canart 1991, han sido durante este tiempo de gran utilidad, pero tampoco se proponían colmar la laguna señalada, una tarea que hoy sólo podría emprenderse quizá bajo la forma de una moderna «enciclopedia» y —muy probablemente, por la amplitud de la materia y el alto nivel de especialización alcanzado en ella— como una labor internacional y de equipo.

### 1.2. *Actas de congresos internacionales, facsímiles y otras publicaciones*

Para obtener una información amplia y actualizada debe recurrirse de manera preferente a las actas de los congresos internacionales sobre paleografía griega celebrados durante el periodo que aquí examinamos. Al volumen de actas del primer congreso, celebrado en 1974 (Glénisson, J., Bompaire, J. y Irigoín, J. [eds.] 1977: *La paléographie grecque et byzantine*, París, C.N.R.S.), ya hizo referencia Bravo en su informe, señalando con justicia la extraordinaria importancia que éste tuvo por el carácter pionero y esencial de muchas de sus contribuciones, todavía insustituibles. En 1981 se produjo la constitución oficial del *Comité international de paléographie grecque*. Desde entonces se han celebrado cinco nuevos congresos, a intervalos de cinco años: el de Berlín - Wolfenbüttel de 1983 (actas editadas por Harlfinger y Prato 1991), el de Erice de 1988 (Cavallo, De Gregorio y Maniaci 1991), el de Oxford de 1993 (cuyas actas, excepcionalmente, no llegaron a publicarse), el de Cremona de 1998 (Prato 2000) y, por último, el celebrado en la ciudad griega de Drama, del 21 al 27 de septiembre de 2003 (actas en curso de publicación, bajo la dirección de Atsalos). En Drama, el Comité Internacional de Paleografía Griega acordó que el próximo congreso —séptimo, previsto para el año 2008— se celebrase en Madrid y El Escorial, bajo la dirección de Bravo (Universidad Complutense).

Es difícil hacer un breve balance general de lo mucho que todos estos congresos han supuesto para el estudio de la paleografía griega en su conjunto. El de Berlín - Wolfenbüttel, organizado por Harlfinger, ofreció contribuciones de gran importancia, a veces en campos escasamente atendidos hasta entonces, y retomó de

manera decisiva para la disciplina el ímpetu que se había iniciado en París. El celebrado en Erice, bajo la dirección científica de Cavallo, estuvo dedicado —con carácter monográfico— a la producción libraria en las áreas provinciales de Bizancio y representó un gran avance para el estudio paleográfico y codicológico de los manuscritos confeccionados fuera de la capital, Constantinopla, una tarea científica que —pese a su extraordinaria dificultad— ya se consideraba por entonces ineludible. La reflexión continuó durante el encuentro de Oxford, organizado por Wilson, mientras que el congreso de Cremona, bajo la dirección de Prato, además de volver a abordar la materia desde los llamados «siglos oscuros» (VII y VIII) hasta el siglo XVI y en todos sus aspectos, volvió a incidir sobre problemas esenciales del método paleográfico y a plantear en toda su complejidad las dos cuestiones esenciales en aquellos casos que cabe considerar como verdaderamente «cruciales» (es decir, en ausencia de una subscripción, cuando la paleografía y la codicología deben demostrar realmente su solvencia como ciencias autónomas y —en la mayor medida posible— complementarias): «dónde y cuándo» se escribió el manuscrito que hoy nos transmite un determinado texto (al margen ya de quién realizó la copia, para quién, por qué, etc.), dilemas que por lo demás, a falta de otros indicios, sólo la paleografía y la codicología —ampliamente atendida también durante el reciente congreso de Drama— pueden dirimir.

Conviene insistir en que las publicaciones mencionadas consideran un periodo cronológico enorme, que se extiende desde el célebre Papiro de Derveni (c. 340-320 a. C.) o el de los *Persas* de Timoteo hasta finales del siglo XVI: dos mil años de escritura griega, desde esos primeros testimonios conservados del siglo IV (analizados por Crisci 1999 desde el punto de vista paleográfico) hasta el fin de la transmisión manuscrita de interés textual, como consecuencia de la generalización del uso de la imprenta. Se trata por tanto de un amplísimo arco cronológico, durante el que la evolución de las formas gráficas —aun manteniéndose en todo momento la identidad esencial de la escritura griega— es permanente y responde a muy diversos factores (cf., desde distintas perspectivas, Irigoin 1986a, Cavallo 1988a, Canart 1990).

Otros muchos instrumentos bibliográficos han resultado también fundamentales durante estos años. Hay que citar a este respecto las varias publicaciones periódicas dedicadas —de manera más o menos específica, a falta todavía de una con carácter exclusivo— a la paleografía y la codicología griegas (*Bollettino della Badia Greca di Grottaferrata*, *Byzantinische Zeitschrift*, *Byzantion*, *Codices manuscripti*, *Gazette du livre médiéval*, *Greek, Roman and Byzantine Studies*, *Jahrbuch der österreichischen Byzantinistik*, *Revue des études byzantines*, *Revue d'histoire des textes*, *Rivista di studi bizantini e neoellenici*, *Römische Historische Mitteilungen*, *Scriptorium*, etc.), en algunos casos ya extintas (como la recordada *Scrittura e Civiltà*, que llegó a alcanzar su número 25, correspondiente al año 2001; Quinio 1999-2001 conoció la breve singladura de tres números publicados) y en otros apenas inauguradas, como en el de *Segno e testo*, Νέα Ψώμη 2005- o la ya anunciada *Scripta*. Cabría aludir asimismo, dentro de este

apartado, a algunas publicaciones de homenaje con contribuciones de interés sobre nuestras disciplinas, en cuya relación no podemos detenernos, así como a las útiles recopilaciones de trabajos ya publicados con anterioridad —e incluso inéditos, en alguna ocasión— por especialistas de larga trayectoria: valga citar como ejemplo las de Prato 1994, Irigoín 1997 y 2003 sobre temas de tradición textual en general, Fonkič 1999, Cavallo 2002, Atsalos 2004 o Tselikas 2004.

No cabe duda, sin embargo, de que buena parte del avance de la paleografía griega de los últimos veinte años se debe a la publicación de excelentes facsímiles, es decir, del material de comparación que debe estar siempre en la base de cualquier análisis paleográfico prudente. Ya en 1983 se publicaban los *Specimina Sinaitica* editados por Harlfinger, Reinsch y Sonderkamp (con la colaboración de Prato), con atención a los manuscritos del monasterio de Santa Catalina datados entre el siglo IX y el XII (es decir, como complemento del clásico repertorio de K. y S. Lake). Se recogía en este álbum —provisto de muy detalladas descripciones— importante material paleográfico (siempre de contenido no profano), de gran interés a veces desde el punto de vista tipológico y sobre el que Nicolopulos 1998, De Gregorio 2000 y Harlfinger 2000 han aportado recientemente nuevos datos. Astruc y otros autores publicaban sólo unos años más tarde (1989), como complemento esta vez de los famosos repertorios de Turyn para los siglos XIII y XIV, un álbum de láminas correspondientes a manuscritos del siglo XIII conservados en bibliotecas públicas de Francia. El muy conocido y todavía irremplazable repertorio de Follieri 1969, sustento del estudio paleográfico de varias generaciones, se vio continuado de manera muy específica mediante el volumen de láminas editado por Canart, Jacob, Lucà y Perria 1998, con especial atención —aunque no exclusiva— a Italia meridional y áreas periféricas del mundo bizantino, tanto en la mayúscula como en la minúscula; este magno repertorio consta de 145 láminas, todas ellas reproducidas en su tamaño original. En lo referente a época humanística, los *Specimina griechischer Kopisten der Renaissance, I: Griechen des 15. Jahrhunderts* de Harlfinger 1974 y los *Autografi greci e greco-latini in Occidente* de Bernardinello 1979 tienen ahora un magnífico complemento a cargo de Eleuteri y Canart 1991.

Una mención aparte sigue mereciendo, sin duda, el *Repertorium der griechischen Kopisten (800 - 1600)* dirigido por Gamillscheg, como sucesor del viejo repertorio de Vogel y Gardthausen. Su publicación responde de manera ideal a una de las tareas más características de la paleografía griega, como es la de la identificación de copistas. Su primera entrega —consagrada a bibliotecas de Gran Bretaña— apareció en 1981 y ya fue debidamente atendida por Bravo en su informe. Hoy se dispone asimismo de las entregas segunda y tercera, también de tres tomos cada una (repertorio de copistas, características paleográficas y láminas, todas ya en tamaño original): el volumen II (Gamillscheg, Harlfinger y Hunger 1989) se dedicó a las bibliotecas de Francia, el III (Gamillscheg [en colaboración con Harlfinger y Eleuteri] y Hunger 1997) a las de Roma y Ciudad del Vaticano. Con la publicación de esta



tercera entrega, el número de copistas censados supera ya el de setecientos. La cuarta, en curso de preparación (en colaboración con Gastgeber, Eleuteri y Mondrain), se ocupará de manuscritos conservados en bibliotecas de Bélgica, Alemania, Países Bajos, Austria y Suiza. Las muchas bibliotecas de Italia no consideradas en la tercera entrega podrían incluirse en un proyecto posterior. Algo similar habría que esperar respecto a las bibliotecas españolas con fondo griego, de las que, no obstante, se han ocupado recientemente de manera sistemática —en el marco de un interesante proyecto de investigación— Hernández Muñoz y García Romero (Universidad Complutense de Madrid; en preparación).

No podemos dejar de aludir en este apartado, finalmente, a las muchas monografías dedicadas al estudio de copistas individuales, tras la senda de los ejemplares trabajos ofrecidos en su día por Canart (sobre Provatares) o Kresten (sobre Darmario). Señalaríamos en este apartado, como ejemplo, el concienzudo trabajo de De Gregorio 1991 (continuado en 1995b) sobre Manuel Malaxós, el de Cataldi Palau 2000 sobre Mauromates, el de Agati 2001 sobre Juan Honorio o, ya entre nosotros, el de Bravo 1990 sobre Manuel Glinzunio (por citar sólo uno de sus muchos trabajos sobre identificación de copistas), el de Pérez Martín 1996 sobre Gregorio de Chipre (figura fundamental también analizada por Kotzabassi 1998), el de Martínez Manzano 1998 sobre Constantino Láscaris (como reelaboración de su disertación alemana publicada en 1994), el de G. de Andrés 1999 sobre Antonio Calosinás o el de Signes 2001, 2003 sobre Hernán Núñez de Guzmán, el Pinciano.

### 1.3. *Mayúscula y minúscula*

Durante estas dos últimas décadas se han consolidado definitivamente, en la literatura especializada, numerosas convenciones científicas, tanto en el plano conceptual como en el terminológico. Entre las adquisiciones más firmes podría destacarse la caracterización y denominación de ciertas escrituras, tanto en la mayúscula como en la minúscula (tipo de letra que, pese a preludiarse en formas de cursiva muy tempranamente, sólo sustituye a la mayúscula de manera sistemática a partir del siglo octavo en las escrituras librarias o no documentales, las cuales podían conjugar así la claridad de la mayúscula con la fluidez propia de la cursiva documental).

El estudio de la mayúscula griega sigue estando asociado en gran medida al nombre de Cavallo, precursor de su análisis más sistemático en una célebre monografía (1967: *Ricerche sulla maiuscola biblica*, Florencia, Le Monnier), muy innovadora en su momento y ya atendida por Bravo en su informe. Cavallo publicó después otra obra esencial para el estudio de este tipo de letra, en colaboración con Maehler (1987). Buen complemento de ambas contribuciones, y necesario para conocer más a fondo esta escritura, sus prácticas y sus diversas formalizaciones, es el trabajo monográfico de Crisci 1996, ya consagrado como especialista en la mayúscula gracias a varias publicaciones anteriores (cf. p. ej. 1985, sobre la ojival derecha, a la

vez que Porro 1990 ofrecía una importante contribución sobre la alejandrina), pero sobre todo a raíz de su intensa y ardua labor sobre los manuscritos palimpsestos de Grottaferrata. Gracias a estos excelentes estudios —entre otros muchos más recientes (p. ej. D'Agostino 2000)— cabe hoy seguir diferenciando varios tipos de mayúscula de manera unánimemente aceptada: mayúscula alejandrina (también usada como «mayúscula distintiva» en códices escritos en minúscula, al igual que las conocidas como «constantinopolitana» y «epigráfica»), bíblica (con evolución tardía en la llamada «litúrgica»), ojival derecha y ojival inclinada. Por lo demás, conviene destacar que la mayúscula griega —siempre de interés por su antigüedad relativa, si bien en época tardía tan sólo transmite ya obras de uso eclesiástico y religioso— dista de ser un campo agotado y sigue gozando de gran vitalidad como materia de estudio, gracias a los hallazgos papiráceos y también a los que se producen esporádicamente en códices medievales<sup>1</sup>, a menudo como resultado del estudio de palimpsestos (en cuya escritura más antigua —*scriptio inferior*— no es inusual su aparición<sup>2</sup>).

Un nivel de consenso bastante similar se ha alcanzado en el caso de un buen número de escrituras en minúscula, inequívocamente definidas ya, desde el punto de vista gráfico, durante décadas anteriores. Así ocurre en el caso de las más primitivas, a raíz sobre todo de los esclarecedores trabajos de Follieri (como bien señalaba Bravo 1984a, pp. 23-35), pero también en el de la mayoría de los tipos de minúscula de época posterior, identificados antes de 1984, y en el de otros estilos definidos más recientemente, como el «rossanese» de los siglos XI-XII (cf. Lucà 1985-1986). Algunos de estos tipos de minúscula han sido ya objeto de trabajos exhaustivos, como puede decirse p. ej. —respecto a la «bouletée» del siglo X, así denominada en su día por Irigoien— del monográfico de Agati 1992. Se trata del tipo de letra de claro ámbito constantinopolitano —al igual que los que Hunger denominara «Perlschrift» o «Metochitesstil»— que apenas suscita desacuerdo. Naturalmente, no existe el mismo consenso entre los estudiosos respecto a otros tipos de minúscula, sobre todo cuando se pasa de la pura descripción a la adscripción de un supuesto origen o procedencia, a menudo en ausencia de datos objetivos suficientes para ello (sobre este tema, en general, puede consultarse la interesante «Tavola rotonda» coordinada por Prato 2000, II, pp. 669-707). Es un caso quizá emblemático al respecto el del llamado «estilo Anastasio», practicado entre finales del

<sup>1</sup> Cf. p. ej. Harlfinger, Reinsch y Sonderkamp (colab. Prato) 1983, lám. 135, donde se muestra el caso (mayúscula bíblica de los siglos V-VI, texto sin identificar) hallado en la maculatura de un códice del monasterio de Santa Catalina (*Sin. gr.* 221).

<sup>2</sup> Destacamos como ejemplo muy significativo el de mayúscula bíblica (de principios del siglo IV, probablemente) analizado como *scriptio ima* del palimpsesto Vat. sir. 623 por D'Aiuto 2003 (Menandro, parte del *Díscolo*, y casi doscientos versos de comedia nueva inédita y todavía por identificar, quizá también de Menandro); la escritura intermedia de este «doble palimpsesto» (*bis rescriptus*) transmite el *De natura hominis* de Nemesio de Émesa, en mayúscula ojival inclinada —probablemente de zona siro-palestina— de los siglos VII-VIII.

siglo IX y principios del X: tras los rigurosos estudios de Perria, de D'Agostino o de Prato, su posible localización primitiva —Constantinopla o Sur de Italia, en suma— todavía fue objeto de muy viva polémica en el congreso de Cremona (con especial convencimiento a favor de un origen italomeridional —frente a las observaciones de Gamillscheg o Wilson— por parte de Prato 2000, II, pp. 701-707). No obstante, y a pesar de todos los riesgos que entraña de por sí el estudio de la producción libraria en Bizancio desde el primer medievo (cf. p. ej. Cavallo 1995), frente al de *scriptoria* plenamente organizados y diferenciados que se observa en Occidente, no cabe negar que se ha avanzado de manera muy significativa en materia de localización de manuscritos, por muchas dudas que persistan en ejemplos concretos (cf. p. ej. Gamillscheg 1987), de modo que numerosas copias pueden asignarse hoy con margen de error mucho menor a Grecia (Prato 1991a, Reinsch 1991), Chipre (Constantinides y Browning 1993, Gamillscheg 1997, Constantinides 2000), Asia Menor (Gamillscheg 1991), Palestina (Perria 1992, 1999) o, sobre todo, Italia Meridional. El Sur de Italia, área de significado cultural más lato del que se imaginaba y cada vez mejor conocido (cf. p. ej., últimamente, Irigoin 2001b), ha sido estudiado de manera profusa —casi «febrilmente», como apuntaban en su introducción Canart, Jacob, Lucà y Perria 1998— durante los últimos años desde el punto de vista codicológico-paleográfico, tras los primeros análisis de Mercati, Devreesse y —ya con mayor refinamiento metodológico— Canart. Como resultado de esta intensa labor —y a pesar de las esporádicas y vivas polémicas surgidas entre los especialistas en torno a determinados casos (cf. p. ej. Jacob 2002)—, los abundantes manuscritos cuya producción se localiza en esta zona pueden considerarse hoy, en su conjunto, óptimamente atendidos desde el punto de vista científico (destacaríamos trabajos como los de Jacob 1985, 1993 o Lucà 1993; para el caso particular de Grottaferrata cf. p. ej. Canart y Lucà 2000, Lucà 2003).

Desde un enfoque cronológico, debe comenzarse por resaltar que el estudio de la «minúscula primitiva» ha experimentado un extraordinario avance, gracias a algunos trabajos fundamentales dados a conocer en Cremona (Messeri y Pintaudi, De Gregorio, Harlfinger, Perria; cf. Prato 2000) y, con posterioridad, en publicaciones diversas (como p. ej. Mondrain 2000b). Se ha desarrollado así ampliamente el estudio de las primeras minúsculas librarias, ya desde finales del siglo VIII, si bien el primer ejemplo de minúscula datada continúa siendo el conocido como «Tetraevangelio Uspenskij» (San Petersburgo 219) suscrito en el año 835, en el Monasterio de Estudio, por el copista Nicolás. Convendrá recordar, ya en el plano filológico, que estas fases primeras de la minúscula —hasta el siglo X al menos— fueron de enorme trascendencia para la historia de los textos griegos en sus etapas más antiguas (reflejadas en la parte alta de nuestros estemas), por su relación con el importante problema de la «transliteración» o transcripción de la mayúscula en minúscula, tan a menudo asediado por Irigoin (cf. p. ej. 1987a y b; Hunger 1997, pp. 32-34) y últimamente tratado de manera monográfica por Ronconi 2003, quien ha

incidido sobre la inexactitud de la teoría más divulgada respecto a este proceso, sosteniendo que no se trató seguramente de la ardua actuación unitaria imaginada de manera tradicional, así como que la vinculación de esta operación gráfica con las faltas —supuestamente producidas por errores de mayúscula— presentes en los códices debe estudiarse desde una perspectiva metodológica muy amplia y que también tenga en cuenta otros factores de la transmisión.

Dentro del complejo panorama de la minúscula, similares avances se han producido en torno a las llamadas «scholarly hands» («manos de erudito») de los siglos XI y XII<sup>3</sup>, frente a las caligráficas (cf., últimamente, Cavallo 2000; sobre las de carácter propiamente librario durante esa misma etapa cf. Canart y Perria 1991<sup>4</sup>). Para los siglos XIII y XIV —objeto todavía de nuevas propuestas metodológicas (cf. p. ej. Pérez Martín 2000)— sigue siendo fundamental el trabajo de Prato 1991b; entre las aportaciones más recientes cf. p. ej. Mondrain 2004. Especial atención se ha venido dispensando, asimismo, a fenómenos característicos de ciertos tipos de minúscula y de muy determinados momentos cronológicos, como el de las peligrosas escrituras arcaizantes, tan a menudo mal datadas (cf., últimamente, De Gregorio y Prato 2003) o el de las digrafías de copista (analizadas con rigor en sus trazos básicos por De Gregorio 1995a; para el caso extremo de Jerónimo Tragudistés, de mediados del s. XVI, cf. *Repertorium der griechischen Kopisten* II 201 y III 253). También se han seguido estudiando durante estos años campos tan específicos como el de la separación de palabras, el de los signos diacríticos y las abreviaturas, el de los monocondilios, el de las subscripciones, etc.

Se ha trabajado con gran intensidad, por último, en el campo de las escrituras humanísticas y renacentistas, pioneramente analizadas desde el punto de vista paleográfico, en su conjunto, por Harlfinger, en varias contribuciones esenciales, y, de manera más reciente, por Canart (en Eleuteri y Canart 1991), quien, dentro de las escrituras tardías del siglo XV y primer cuarto del XVI, distinguía tres tipos fundamentales: las de eruditos griegos e imitaciones, las cursivas personales y las caligrafías de influencia occidental propias de humanistas italianos. También cabe destacar en relación con estas escrituras tardías, además del gran número de identificaciones realizadas en el marco del *Repertorium*, el conjunto de contribuciones coordinadas por Oikonomides 2000. El contexto cultural e histórico de este tipo de

---

<sup>3</sup> Dentro del vasto campo documental —de especial trascendencia para el estudio de este tipo de escrituras (cf. p. ej. Hunger 1995, Lamberz 2000), pero en el que aquí no podemos profundizar— destacan los trabajos de bizantinistas y expertos paleógrafos, como, por citar un solo ejemplo, los de Hunger y Kresten acerca del Patriarcado de Constantinopla. Entre nosotros cabe mencionar, muy especialmente, Bravo 1991, donde se analizaron los documentos griegos de la Fundación Casa Ducal de Medinaceli, procedentes de la cancillería normanda en Sicilia y que fueron arrebatados a la ciudad de Messina por el virrey español, el Conde de Santisteban.

<sup>4</sup> Este periodo, a veces menos atendido en los repertorios de facsímiles, ha sido objeto de especial cuidado por parte de Canart, Jacob, Lucà y Perria 1998 (cf. «Premessa»).

copias se ha visto analizado en infinidad de trabajos, cuya atención —la que merece el fenómeno del humanismo, en suma— requeriría larga mención aparte. A nuestros efectos cabría citar p. ej. el trabajo de Harlfinger 1989 sobre el griego en la Alemania humanística o las aportaciones monográficas de Wilson 1992 y de Cortesi y Maltese (eds.) 1992 sobre el griego en Italia. Han sido abundantes, igualmente, los trabajos sobre humanistas y bibliotecas humanísticas (cf. p. ej. Mondrain 2000a, sobre Jano Láscaris, o De Gregorio 2002b, sobre Palla Strozzi). Los modelos manuscritos de algunas ediciones *princeps* aldinas fueron objeto de análisis ejemplar por parte de Sicherl 1997 (Museo, Aristóteles y Teofrasto, Aristófanes, epistológrafos griegos, Eurípides y rétores griegos, entre otras ediciones). En cuanto a la emblemática tipografía aldina, son varias las publicaciones monográficas de interés aparecidas durante estos años (Barker, Cataldi Palau, etc.), a las que no podemos referirnos aquí.

Los análisis dedicados a este último periodo resultan de gran interés para buena parte del fondo griego conservado en bibliotecas españolas, de fecha a menudo tardía<sup>5</sup>, y han alentado con frecuencia el desarrollo de los estudios sobre humanismo español (helenismo y humanismo latino) en general, tras el surco dejado por el gran Kristeller (cuyo volumen IV del *Iter Italicum*, 1989, complementado en 1992 [versión en CD, 1995], estaba dedicado parcialmente a nuestras bibliotecas) y gracias también a la intensa y abnegada actividad investigadora desarrollada en España, dentro de este terreno, durante los últimos años.

#### 1.4. Algunas consideraciones metodológicas

El enorme progreso al que venimos haciendo referencia se ha producido también gracias a la conjunción de varios factores paralelos, como el mejor conocimiento del mundo librario antiguo y medieval (Cavallo 1988b) y del de la lectura en su conjunto, como la amplia producción en materia de prosopografía, por ejemplo, que se ha aportado desde el campo de la Bizantinística<sup>6</sup> o como la profundización en el estudio de la influencia latina, tanto en el nivel puramente paleográfico como en el histórico-cultural (cf. p. ej. De Gregorio 1993 y 2002a —con particular atención a los manuscritos bilingües— o, en el trascendental campo de las traducciones, últimamente, Rashed 2002 e Irigoin 2003). Un aporte similar al último señalado es el que ha comenzado a detectarse dentro del ámbito oriental, propongo a seguir deparando abundantes sorpresas a la filología griega (cf. Perria 2003).

---

<sup>5</sup> Un copista fundamental para nosotros sigue siendo p. ej. Andrés Darmario, sobre el que sigue bajándose de manera bastante asidua (cf., últimamente, Bravo 2000).

<sup>6</sup> Baste remitir al propio *Repertorium der griechischen Kopisten*, al amplio repertorio de Trapp (1976-1996) o, con carácter más general, al útil diccionario de Kazhdan 1991. Tampoco es posible atender en modo alguno, en estas pocas páginas, al ámbito bizantino en su conjunto, que requeriría un informe aparte.

Destacaríamos asimismo algunos de los muchos avances de método. Frente a la exquisitez paleográfica —que se agotaba en la pura descripción o la simple estadística, un tanto vacuamente— practicada a veces de manera profusa y casi exasperada, entendemos que se ha evolucionado hacia una paleografía más esencial. Como señalaba Canart a la conclusión del congreso de Cremona (Prato 2000, II, p. 758), los paleógrafos procuran situar hoy, casi sistemáticamente, «les phénomènes graphiques dans les contextes historiques, sociaux et culturels où ils s'inscrivent» (lo que inevitablemente, hay que añadir, les exige unos conocimientos aún mayores y una dedicación todavía más diversificada y compleja). Al mismo tiempo, ha tendido a reducirse la importancia concedida a la mera «impresión paleográfica» del especialista, opinión a veces dudosa, pero de un enorme peso —dada su expresión, a menudo categórica— en la bibliografía: el aumento de recursos para la comparación ha hecho todavía más exigibles en principio los requisitos de prueba. Ha de reconocerse que, aun así, debe seguir prevaleciendo con frecuencia esa mera «impresión» que produce una escritura, enmarcada por el paleógrafo entre sus coordenadas preferidas de referencia (caligrafismo frente a cursividad, continuidad o tradición frente a innovación, etc.), y a partir de ahí datada y localizada...

La corrección de ideas erróneamente aceptadas con anterioridad, pero muy acendradas en la bibliografía, también ha sido frecuente durante este largo periodo de asentamiento de teorías paleográficas: nadie considera hoy la presencia de cruces en el margen superior del primer recto de un cuadernillo como prueba de que el manuscrito en cuestión tenga su origen en el monasterio constantinopolitano de Estudio, ni toma la presencia de la ligadura en «as de pique» (*epsilon-rho*) como signo inequívoco de la procedencia italogriega de un códice (por mucho que el estilo así conocido —y pioneramente analizado por Canart— tenga ese origen: Prato 2000, II, p. 702), ni entiende la introducción de mayúsculas como argumento fuerte para la datación. El mismo proceso de revisión se ha verificado respecto a innumerables dataciones de códices (cf. p. ej. Cavallo 1999, a propósito del célebre códice marciano de la *Biblioteca* de Focio), e incluso respecto a algunos autógrafos, todavía dudosos o de adscripción esporádicamente enmendada<sup>7</sup>. Este constante proceso de revisión científica y la paulatina incorporación de nueva evidencia rastreada en las más diversas bibliotecas —a veces en terrenos aparentemente exhaustos ya (baste citar el reciente hallazgo de Cataldi Palau 2001, dentro del exclusivo grupo de manuscritos de la llamada «colección filosófica»)— también han sido, sin duda, factores esenciales en el extraordinario desarrollo de la paleografía griega de los últimos años.

---

<sup>7</sup> Citaríamos como ejemplo el recientemente publicado por D'Agostino 2004 a propósito del autógrafo contenido en el llamado Evangelario de Iassy (ciudad rumana de Moldavia), que no debe seguir atribuyéndose a Jorge Escolario (Genadio), sino al más de un siglo anterior Jorge Galesiotes (1<sup>a</sup> m. s. XIV), cuya evolución gráfica fue analizada con detalle, entre nosotros, por Pérez Martín 1995.